

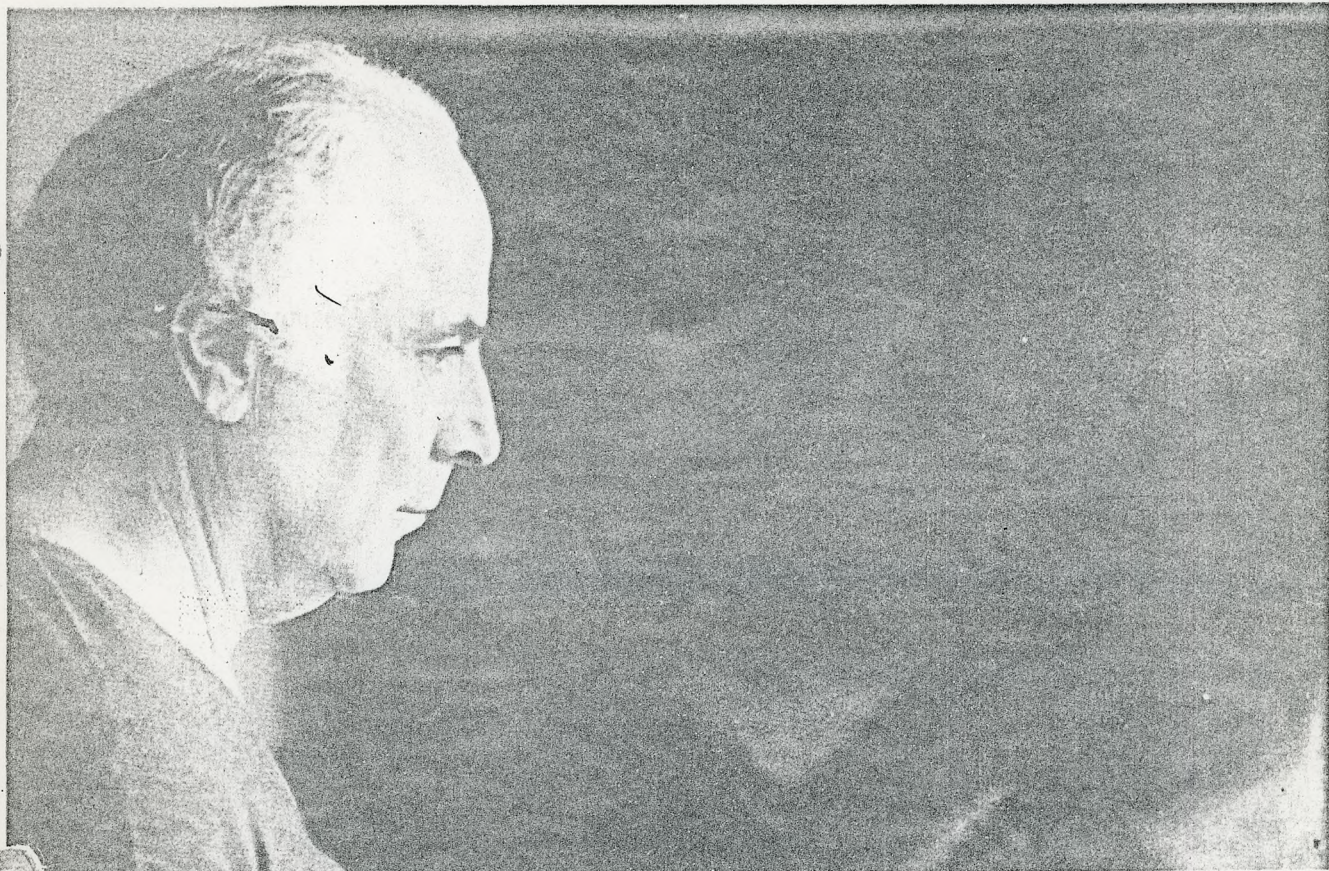
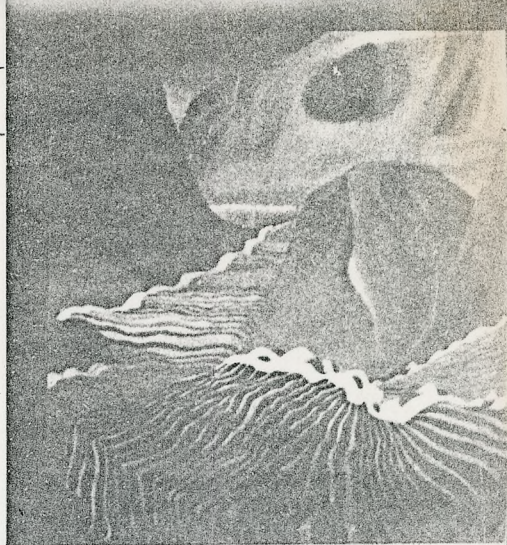
1979

PLASTICA

Un Antúnez maduro

☐ Tras varios años de ausencia, regresa para exponer en galería Epoca

☐ Actualmente reside en Londres: "de las grandes ciudades la más vivible"



Hans Ehrmann

ANTUNEZ EN LONDRES Sus cuadros: "como tejer un jersey"

Desde Londres
—Espiritualmente no he salido de Chile —dice Nemesio Antúnez, 58, mientras prepara una taza de té en su departamento de Hyde Park Square de Londres—. En mis cuadros, a pesar de cinco años de ausencia, siguen repicando las vivencias chilenas.

Esta semana debe volar a Santiago donde, el 10 de julio, inaugura una exposición con sus trabajos más recientes en galería Epoca. Pero será una visita relativamente breve, pues en septiembre debe comenzar a hacer clases en el Royal College of Art.

Antúnez, nombrado director del Museo Nacional de Bellas Artes en 1969 bajo el gobierno de Frei, ocupó ese cargo hasta

septiembre de 1973. Remozó el vetusto sagrario del arte nacional y, entre otras cosas, embodegó las innumerables estatuas de yeso que repletaban el primer piso del museo y le daban un lúgubre aire de mausoleo.

En 1974 partió a España, y se instaló en San Pedro de Ribas, cinco kilómetros al interior de Sitges, balneario vecino a Barcelona: en pleno campo, rodeado de pastores, ovejas y cabras, en el segundo piso de una rústica casa de piedra y con un gran taller de 72 metros cuadrados. Allí, en verano, trabajaba en short y sin camisa, mientras en invierno dos estufas apenas alejaban los tiritones.

Hace más de un año, en compañía de su esposa Patricia y su hija, Guillermina, se



trasladó a Londres: "de las grandes ciudades la más vivible". Allí su departamento queda en un escarpado quinto piso sin ascensor, mientras, en el segundo, está el ascético taller donde trabaja la mayor parte del día.

Frente a su casa, la plaza entera de Hyde Park Square es un enrejado parque con bien cuidados prados y árboles. Como otras similares en Londres, sólo está al servicio de los vecinos del lugar: reciben la llave de la reja, junto a aquella del departa-



HACE YA MUCHOS AÑOS
Cuando abandonó la arquitectura

tamento que arriendan. Allí juega la pequeña Guillermina. Pero Antúnez pocas veces sale.

Por primera vez en la vida ha podido dedicarse por entero a la pintura, sin tener que realizar trabajos paralelos como, por ejemplo, cuando —por los años 40— trabajaba en Nueva York como uno de los diagramadores del *Ladie's Home Journal* y desde la ventana de su oficina en el piso 31 de un rascacielos veía pasar la gente por la calle. Allí nacieron aquellos cuadros en que la multitud de seres humanos se transformaba en hormigueros o lejanos puntos anónimos.

Ahora, durante cinco años, ha realizado exposiciones en una serie de países europeos y latinoamericanos: en algunas

—cuenta— le fue bien; a veces no tanto, y otras muy bien. Lo importante es que le dieron para vivir y trabajar con tranquilidad.

Me salen imágenes

Antúnez cursó arquitectura en la U. Católica, donde fue compañero de Juan Orrego Salas (músico) y Pedro Mortheiru (director de teatro). Como él optaron por expresarse en materias ajenas a aquellos estudios. Se recibió en 1942, y ese mismo año, en el Instituto Chileno-Británico, realizó su primera exposición.

Además estudios de posgrado de arquitectura en Nueva York; pero luego, prácticamente autodidacta, se dedicó a la pintura. Allí también ingresó al taller de grabado de William Hayter, al cual describe como "la única escuela de arte verdadera a que asistí en toda mi vida".

Ahora, en plena madurez, es menos tenso, tímido, silencioso que antaño. En sus cuadros se manifiesta la misma mezcla de sociabilidad y soledad. Muchas veces, del ser humano solo, en medio de la multitud, como en sus *tanguerías*, cuadros que nacieron en las noches pasadas en Valparaíso, generalmente en compañía de otro artista, Germán Arestizábal, con el cual veían bailar tango.

—Todas mis pinturas —explica Antúnez— son vivencias. Me van saliendo imágenes, y sólo mucho después me voy dando cuenta de dónde vienen.

Como, por ejemplo, los manteles a cuadros que marcaron una etapa en los años 50, y cuya raíz fueron los *bistrot*s franceses que frecuentó durante su estadía en Francia.

En 1953 regresó a Santiago tras uno de sus tantos períodos en el extranjero, y dijo: "Vengo a pintar a Chile".

—En mi pintura —explicó posteriormente— la nota dominante es la naturaleza; la geografía más que el hombre. He pintado desde los canales del sur hasta los desiertos del norte; desde las nubes hasta las piedras escondidas dentro de la tierra.

Ahora, mientras sorbe su té jazmín en Londres, sigue hablando de su forma de trabajo:

—Los cuadros me salen. Ni bosquejo, ni hago acuarelas que luego paso a óleo. A la prima. Salé así. Soy como las mujeres que hacen un jersey. Voy tejiendo el cuadro. Pongo un rojo o un azul. Y comienza una cama. Y el rojo está muy fuerte y lo equilibro con un azul, y así sigo. Claro está, dentro de mi vocabulario.

Así, a lo largo de los años se sucedieron las etapas o temas de los volantines y de las bicicletas, las manos, los manteles, las multitudes, los quinchamalies, las puertas, los volcanes, las piedras, las autopistas, las tanguerías, las camas.

—Tengo conciencia de que ha sido mi

época para trabajar —dice, al referirse a los últimos años de dedicación exclusiva a la pintura—. Ahora sus temas de toda la vida conviven, se entremezclan. Está alcanzando la síntesis de una vida de labor.

Pero —como hace 25 años— las exposiciones siguen siendo para él como un examen: fijan fecha para un trabajo que de otra manera continuaría indefinidamente. Los cuadros nunca están terminados. Concluyen siempre cuando salen del taller. Terminar un cuadro es más difícil que comenzarlo. A veces uno los echa a perder.

Hans Ehrmann